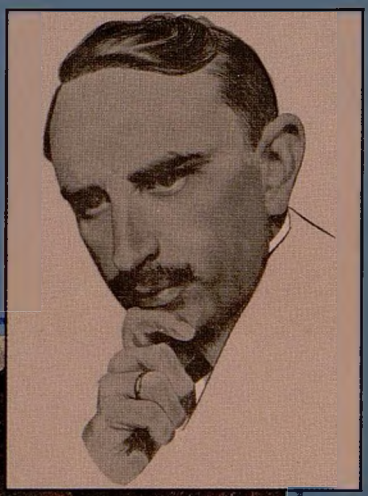
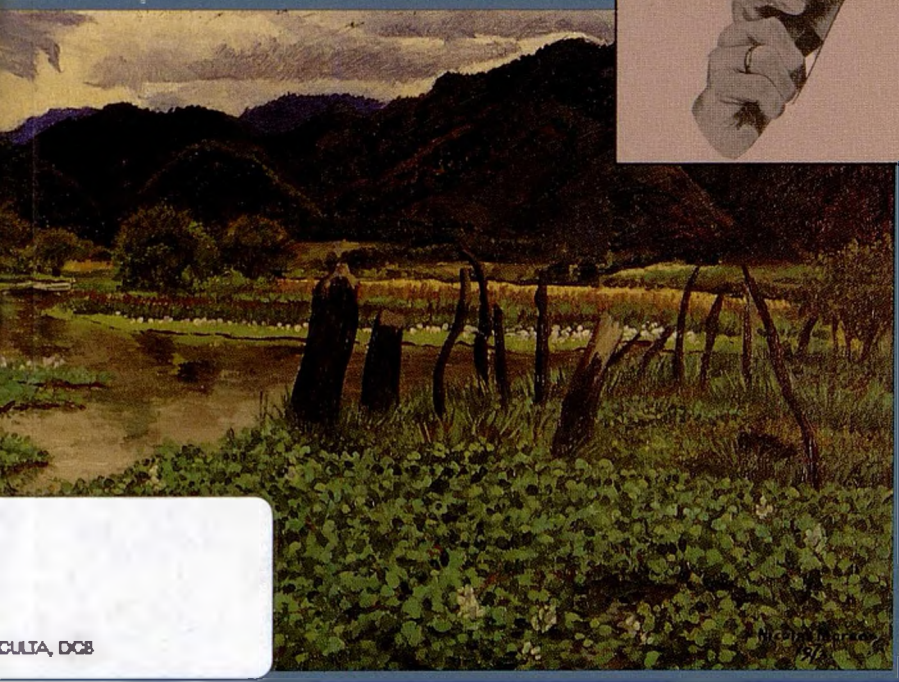
LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

3

ROMANCERO DEL GRIJALVA





CULIA, DGB

Gobierno del Estado de Chiapas

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

LOS ROMANCEROS DE
JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

3

ROMANCERO DEL GRIJALVA

LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

VOLUMEN 1 **ROMANCERO DEL SANTUARIO**

VOLUMEN 2 **ROMANCERO DE TABASCO**

VOLUMEN 3 **ROMANCERO DEL GRIJALVA**

VOLUMEN 4 **ROMANCERO DE PICHUCALCO**

VOLUMEN 5 **ROMANCERO DEL RECUERDO**

VOLUMEN 6 **ROMANCE DE LOS TRES DIOSES**

VOLUMEN 7 **ROMANCERO DE VERACRUZ**

VOLUMEN 8 **ANTOLOGÍA DEL RECUERDO**

LOS ROMANCEROS DE
JOSE MARÍA GURRÍA URGELL

3

ROMANCERO DEL GRIJALVA

1993

Gobierno del Estado de Chiapas

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

F T
861.1
G83
R67
N.T 255623

LOS ROMANCEROS DE JOSE MARÍA GURRÍA URGELL
VOLUMEN 3 • ROMANCERO DEL GRIJALVA

© 1993 por Gobierno del Estado de Tabasco.
Instituto de Cultura de Tabasco.
Dirección Editorial.
Calle Sánchez Magallanes,
Fraccionamiento Portal del Agua,
Lote 1. C.P.M. 86000.
Villahermosa, Tabasco.

© 1993 por Gobierno del Estado de Chiapas.
Consejo Estatal de Fomento a la
Investigación y Difusión de la Cultura.
DIF - Chiapas.
Instituto Chiapaneco de Cultura.
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

IMPRESO EN MÉXICO • PRINTED IN MEXICO

ESTE TERCER VOLUMEN DE
«LOS ROMANCEROS DE JOSÉ MARÍA GURRÍA URGELL»
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1993,
A CARGO DE OMEGA EDITORES –CUERVO No. 30, FRACC. LAS
ARBOLEDAS, 52500 ATIZAPÁN DE ZARAGOZA, EDO. DE MÉXICO–.
LA EDICIÓN CONSTA DE 3,000 EJEMPLARES,
MÁS SOBRANTES PARA REPOSICIÓN.
PINTURA DE LA PORTADA: NICOLÁS MORENO.
DISEÑO DE PORTADA: ANDREA GABRIELA FERNÁNDEZ.

CONTENIDO

VOLUMEN 3

Romance de las flautas 1
Romance de brote y camino 3
Romance del río lavandero 5
Romance de estampas 9
Romance del río perenne 11
Romance de Florinda 13
Romance del nombre 17
Romance de la que espera 19
Romance de paz 21
Romance de la Malinche 25
Romance de la sortija 27
Romance de otras estampas 31
Romance de los Van Horn 33
Romance de Remigio 37
Romance del barco viejo 55
Romance de la batalla 57
Romance de San Juan Bautista 61
Romance del muelle 63
Romance del balsero 65
Romance de
las aguas perezosas 69
Romance de Rosario 71
Romance de la creciente 73
Romance de estrellas y pupilas 75
Romance del cayuquero 77

Romance de la Dueña del Río 79
Romance de paisajes 89
Romance de más estampas 93
Romance de
la Virgen de Guadalupe 95
Romance del mercero 99
Romance de la sirena 105
Romance de la princesa 107
Romance del río 111
Otro romance de las flautas 115

ROMANCE DE LAS FLAUTAS

EVOCAR QUIERO EL GRIJALVA
en su diversa unidad:
cien paisajes y uno solo;
cien afanes y un afán;
cien romances que derivan
y un romance nada más.

En sus bermejos barrancos
quiero sembrar un palmar
donde suban las palmeras
con su penacho imperial;
hecho de ramas o rimas
que para el caso es igual.

Cancionero del Grijalva
me quisiera titular,
para que cuando cantase
cantara con mi cantar
y llevase mis canciones
a las canciones del Mar.

Pero solamente el Alba
y los pintores quizá,
con paletas policromas
y el pincel de imaginar,
pintar pudieran cien ríos
en un río nada más.

Solamente el rojo Sol
y los poetas quizá,
crecer hagan el penacho
de soberbia palma real;
hecho de ramas o rimas
que para el caso es igual.

Solamente las calandrias
y los músicos quizá,
pudieran darle sus cantos
logrando que su cantar
les llevase sus canciones
a las canciones del Mar.

Yo sólo puedo ofrecerle
las flautas de un carrizal;
en que llore su reír,
en que ría su llorar,
con mis suspiros, que presos
en sus cañutos están.

ROMANCE DE BROTE Y CAMINO

LA SIERRA MADRE, VISTIENDO
el color de la esperanza,
a la bóveda del cielo
sus nobles pechos levanta;
cubriéndose los pezones
con el tul de la distancia.

Nobles pechos que revientan
en llorones ojos de agua;
ojos que forman arroyos
con su tributo de lágrimas;
arroyos que se despeñan
para formar el Grijalva.

El Grijalva, cristalino,
al bajar de las montañas
silencioso y amarillo
al rodar por las llanadas
y como aceite de olivo
bajo el toldo de las ramas.

En los tornos tornasol;
y al llegar a la bocana,
como un ópalo se enciende
recubriéndose de escamas
que el viento arranca y resuelve
en borbotones de plata.

Y tal parece que el río
juntó millares de garzas,
penetrando en las lagunas;
ensabanando las playas,
para soltar sus blancuras
en el azul de la barra.

ROMANCE DEL RÍO LAVANDERO

UN RANCHITO DE CACAO
como flor de la ribera.
La bajada para el río
con escalones de tierra.
El Grijalva, Guatacalco
y una muchacha morena.

La moza tiene la piel
del color de la canela
y le tiznaron el pelo,
las pestañas y las cejas,
con el humo de la lumbre
de su boquita bermeja.

Hízole a torno, el trompero,
las columnas de las piernas,
las perillas de los pechos,
el copón de las caderas
y el talle fino, a la moda,
de las hormigas arrieras.

Luce claro el pensamiento
en su mirada risueña
y para el joven marido
que se desvive por ella,
destila besos de anis
su corazón de panela.

La muchacha lava ropa
inclinada en la batea,
entre las aguas del río
y entre la luz mañanera.
Al compás de su guitarra
el marido la corteja.

—Niña, las nueces del coco,
son tus ojos al revés;
por dentro tienen el blanco
y por afuera el café.
Lo digo porque tus ojos,
donde bebo tu querer,
por fuera tienen el blanco
y por dentro el café.

—Las palmeras no se cimbran
a las canciones del viento;
como al canto del amor
se cimbra todo tu cuerpo.

—Una rosa y dos botones
en el tallo de tu cuerpo:
la rosa forma tu cara,
los botones son tus pechos;
otros les dicen pichones
por sus piquitos bermejos.

Y a cada copla que el mozo
se acompaña en la vihuela,
la moza mira al cantor
agradecida y burlera.
Y era sereno el amor
en la mañana serena.

Al pasar en mi canoa
embarqué la envidia en ella,
pero la eché por la borda,
que el río a quien lo navega,
tarde o temprano le da
un ranchito en la ribera.

Y suele darle también,
una sonora vihuela,
una mañana de luz,
y una muchacha morena
que ría coplas de amor,
mientras lava en la batea.

Si alguien dijera que nada
ha pasado en mi poema,
¡no vio pasar el Grijalva,
limpiando su alma de penas;
que el río lava las almas
igual que lava las telas!

ROMANCE DE ESTAMPAS

VERSOS QUE TIRO AL AZAR
en el recuerdo del río,
para que formen remansos
y espirales remolinos
que aprisionen el instante
del paisaje fugitivo.

•

Como una jícara negra
embrocada sobre el suelo,
la noche vuelca en la tierra
las pedrerías del cielo
y el río llena su cauce
con racimos de luceros.

•

El sauzal está llorando
a lo largo de la playa
y suspende sobre el río
una lluvia de esmeraldas;
que sólo deja caer
su reflejo sobre el agua.

•

Las palmeras van creciendo
pero a expensas de sus hojas.
Anualmente se le mueren
y una vértebra les forman
para que barran las nubes
como gigantes escobas.

Los árboles de la orilla
detener quieren las aguas
introduciendo en el río
sus raíces descarnadas
mas la corriente se ríe
de sus inútiles garras.

•

Un cocotero levanta
un puñado de pestañas,
ojo ciego que se empeña
en mirar el panorama
y va llenando sus nueces
con el llanto que derrama.

ROMANCE DEL RÍO PERENNE

EN LAS CUMBRES MATERNALES
en constante alumbramiento,
hace milenios que el río,
nace y prosigue naciendo.

manantiales de la tierra
y cataratas del cielo,
hacen que por su camino,
crezca y prosiga creciendo.

Y cumpliendo su destino
al final de su sendero,
en el Golfo mexicano
muere y prosigue muriendo.

El río, como la Vida,
vence espacios, vence tiempos;
las aguas pueden pasar;
pero el Grijalva es eterno.

ROMANCE DE FLORINDA

En la ribera del río
tiene Florinda su casa.
Quince mayos y una vieja
su soledad acompañan.

Si a su tiempo lo supiera,
otra historia les cantara,
yo me la hubiera llevado
a la buena o a la mala.

Campesina tempranera,
con su cántaro de grana,
por la vena del camino
la ve llegar el Grijalva.

Y cautivado por ella
en un remanso se para,
con la ilusión de llevarse
un retrato de su cara.

Pero Florinda no cuida
de mirarse retratada;
sólo mira un pececillo,
como una sombra en el agua.

Pececillo que la espera
en el remanso que canta
y que retiene, por verla,
el imán de la esperanza.

Una mañana el galán,
por descuido o por hazaña,
en el cántaro se entró
como si fuera su casa.

Y la niña lo cogió,
acarició sus escamas
y lo puso nuevamente
en su líquida morada.

En los días que siguieron
repitióse la jugada
y Florinda se reía
con su boquita perlada.

Una vez el pececillo
mordió su dedo de nácar
y al sacarlo vivamente
brilló un anillo de plata.

Y así fue como Florinda
con un pez se desposara
para vivir en un cuento
de la vieja agüela Juana.

El Grijalva la vistió
con sus espumas más blancas
y con oro de su arena
le fabricó las sandalias.

Altos amates tendieron
sobre su dicha las ramas
y en el fondo de la poza
una estrella fue su lámpara.

Y nadie supo jamás
que pasó con la muchacha;
unos dicen que se ahogó,
otros que no saben nada.

Pero en el tibio silencio
de las noches estrelladas,
las mozas que van al río,
ven dos sombras enlazadas.

Y el corazón se les vuelve
un cantarito de grana
que se les llena de besos
con el murmullo del agua.

ROMANCE DEL NOMBRE

Como no lo bautizaron,
cuando nació bajo cedros,
el río se hizo ladrón
y robó nombres de pueblos.

Alcanzaba mansamente
los poblados ribereños
y no más doblaba el torno
y se llamaba como ellos.

Así se puso Salegua
y Chejel, se dijo luego;
después Chiapa y Mezcalapa
porque pasó por su suelo.

Pero don Juan de Grijalva,
el de yelmo con plumero,
el de espuelas de oro y plata,
el de espada de Toledo

Quitóle todos los nombres
para darlos a sus dueños
y a cambio de ellos le impuso
su apellido aventurero.

Y el nuevo nombre subió
hasta los propios veneros
y todo el río pasó
de ladrón a caballero.

ROMANCE DE LA QUE ESPERA

NIÑA LA QUE TIENES
tus amores lejos
y vienes al río
a soñar con ellos.

En aquel barranco,
bajo aquel almendro,
te besó las manos,
te bebió el aliento.

En aquella playa
con su mismo dedo,
escribió tu nombre
antes de saberlo.

En aquel remanso
se cayó un lucero.
Lo sacó chorreando;
fue cosa de sueño.

La brisa del río
sabe de tu dueño;
diciéndolo estuvo
hace unos momentos.

El estaba solo,
la brisa en acecho,
como suspiraba
se metió en su pecho.

En nicho de santo,
tu imagen vio dentro,
con tus labios rojos,
con tus ojos negros.

En vez de milagros
colgaban recuerdos
y era el más bonito
uno de tus besos.

Música inefable
era su deseo
y sus ilusiones
humo del incienso.

Todo lo alumbraba
con su pensamiento;
todo lo encantaba
con su sentimiento.

Niña, la que tienes
tus amores lejos
y vienes al río
a soñar con ellos.

Límpiate esos ojos
de lluvioso cielo
que muy pronto el río
te traerá tu dueño.

Vendrá con tu imagen
sonriendo por dentro.
Tu traje de novia
prepara el almendro.

ROMANCE DE PAZ

UNA RIBERA DE PAZ
para la paz de las aguas.
Alza la ceiba su fronda
sobre las lomas lejanas
y el viento mece las redes
de los nidos de las zacuas.

Domitila Salvatierra
es la flor de la Chontalpa;
los corazones se lleva
en los vuelos de su falda.
No en valde vienen a verla
de Pichucalco y de Teapa.

La modelaron en luz,
la perfumaron de albahaca;
la sombra se refugió
en sus ojeras moradas
porque brillaran el blanco
y el azul de sus miradas.

Juanillo Martín se fue
a estudiar por conquistarla,
y al regresar caballero,
vio su ternura premiada.
Domitila en su presencia
era una roja granada.

Empezaron sus amores
en su baile de enramada.
Se encontraron por las tardes
bajo las nubes doradas
por un sol que iba muriendo
de lo mucho que sangraba.

En insomnes plenilunios,
su galán la despertaba,
lanzando flechas de amor
con cuerdas de su guitarra.
Voy a ver si me recuerdo
una canción que cantaba.

"—Alondra, tiende tu vuelo
sin esperar la mañana
que para juntar mi anhelo
con tu boquita de grana,
la luna tira en el suelo,
la reja de tu ventana.—"

La vieja historia del pobre
que se prenda de una dama.
Oposición de los padres;
la fuga en la madrugada;
luego al amparo del tío
el juez y el cura los casan.

El río vuelve a su cauce
cada vez que se derrama
y los padres perdonaron
por el nieto en esperanza,
y Juanillo cuida el rancho
y Domitila la casa.

Y una ribera de paz
para la paz de las aguas.
En la ribera un ranchito
para la paz de las almas.
Y el viento mece las redes
de los nidos de las zacuas.

ROMANCE DE LA MALINCHE

LLEGÓ DON JUAN DE GRIJALVA
sobre su barca española;
le dejó su nombre al río;
pero cobrándolo en gloria.

Hernando Cortés dejó
la Virgen de la Victoria;
pero otra virgen cobró
sobre su barca española.

Y las aguas del Grijalva
lanzaron sobre las olas,
con la Malinche preñada
a la América Española.

ROMANCE DE LA SORTIJA

Arco de Luna en creciente;
quebrado anillo de plata.
En el río se cayó
el pedazo que le falta.

Tiene la niña en el dedo
quebrado anillo de plata.
Cayó también en el río
el pedazo que le falta.

Y lloraban niña y luna
en el cielo y en la playa
por los dos medios anillos
que cayeron en el agua.

—Niña si tú me quisieras,
yo del río te sacara
el medio anillo de luna
y el que a tu dedo le falta.

Sus extremos soldaría
con estaño de esperanza
para poder ofrecerte
una sortija de alianza.

—Acepto— dijo la niña
y me zambullí en el agua
y al poco rato surgí
con media luna de plata.

Pero por más que busqué
no pude hallar en el agua
el medio anillo perdido
por su dedito de nácar.

Le pregunté con los ojos;
—lo siento— dijo la ingrata,
y a su medio anillo unió
la media luna de plata.

Los cuatro extremos soldó
con estaño de esperanza
y a otro que no la quería
le dio la sortija de alianza.

Otra vez hallé la niña,
mirando desde la playa
un medio anillo de luna
en el fondo de las aguas.

El mozo de sus amores
no le cumplió la palabra
y a otra que no lo quería
le dio sortija de alianza.

Yo de sus penas sabía
y me zambullí en el agua
y a poco rato surgí
con media luna de plata.

—Tú pescas lunas —me dijo—
para sortijas de alianza;
pero no bajas del cielo
el medio anillo que falta.

Al cielo me dirigí,
con las alas de mi alma
y a poco rato volví
con medio anillo de plata.

Y soldé, por sus extremos,
con estaño de esperanza,
los dos arcos de la luna:
el del cielo y el del agua.

Mas la sortija fue grande
para su dedo de nácar;
se la puso en el cabello
y era el nimbo de una santa.

Arrodillado caí
para besarle las plantas
mientras ella sonreía
entre una lluvia de lágrimas.

Pero de pronto la vi
subir al cielo muy pálida
¡y a Dios que no la quería,
le dio sortija de alianza!

ROMANCE DE OTRAS ESTAMPAS

Piedrecitas de colores
en los raudales tiradas;
las más bonitas recojo
y no pretendo tallarlas
porque no sé y además
porque no pierdan su gracia.

•

Recostado en su cayuco
un boga suele tocar
un organillo de boca
y endulza su soledad;
que no en vano, el organillo
tiene celdas de panal.

•

Mirad a las lavanderas
en los pasos como lavan
bordados de las camisas
y flores de las enaguas;
con la química sencilla
del sol, del canto y del agua.

Una moza que se baña
en las aguas opalinas.
Con espuma de jabón
cubre sus formas de niña
y como en el viejo cuento,
está desnuda y vestida.

El río convierte en garzas
las almas de las doncellas
que le entregaron la vida
para quitarse las penas.
Las inocentes son blancas;
las pecadoras morenas.

•

Silueta del aguador
con dos botes de hojalata,
suspendidos de las puntas
de un pedazo de palanca.
Y el humano sufrimiento
como fiel de la balanza.

•

Secos golpes en madero
por el eco repetidos:
el machete de un hulero
o el pájaro carpintero
que en un alto cocotero
está labrando su nido.

ROMANCE DE LOS VAN HORN

ERA, VAN HORN, HOLANDÉS
aunque gringo lo creían.
De acero tuvo los ojos
y de acero la energía.

Dos barcos trajo al Grijalva:
el Elisa y el María;
los barcos eran tan sólo
dos lanchas de gasolina.

Son como hermanas gemelas;
siempre de blanco vestidas;
con ruedas en los costados
como caderas que giran.

Lástima que sus motores,
dos matracas asesinas,
asustaran a dos leguas
tenguayacas y sardinas.

¡Qué distintas las canoas,
silenciosas peregrinas;
sólo el plung de las palancas
que abre y cierra el agua viva!

¡Qué distinto el Sánchez Mármol
y el vapor Usumacinta!
¡Qué distinto el Clara Ramos
que no se oye si no chifla!

Y eso que jaulas rodantes,
en sus popas, hacen trizas,
al verde y puro cristal
en que los tres se deslizan.

En el María, Van Horn,
su hijo Sam, en el Elisa,
van y vienen sin descanso:
río abajo, río arriba.

Y al pasarlo y repasarlo
no perciben ni imaginan
que por ellos pasa el río
como una líquida brisa.

Y a pensar les enseñó,
contra su propia codicia:
las aguas llegan al mar,
vayan con prisa o sin prisa.

Matarse para vivir
no lo piensa ni el suicida;
él se mata por la muerte,
no se mata por la vida.

No por mucho trabajar
y acumular sin medida,
podemos beber más vino
o comernos más comida.

Y entre más andan el río
más sus almas se suavizan.
Cada vez trabajan menos
el Marí y el Elisa.

Ya se paran a escuchar
una calandria que trina;
ya tejen vagos soñares
con vellones de neblina.

Les vienen recordaciones
inefables y divinas,
al tembloroso fulgor
de las estrellas amigas.

Y el viejo saca el violín
de sus juventudes idas
y toda en *liedders* de Holanda
entre la noche tranquila.

Mientras el joven recuerda
una muchacha querida,
con la noche entre los ojos
y la lluvia en las pupilas.

Y el río pasa por ellos
y ellos en él se deslizan;
cada quien alcanza el mar,
vaya con prisa o sin prisa.

ROMANCE DE REMIGIO

—a—

UNA LUCECITA
flota sobre el río;
parece que tiembla
de miedo y de frío.

A veces avanza
y aviva su brillo,
a veces da vuelta;
desanda el camino.

—Vosotros, vegueros, brujos y adivinos
que sabéis la ciencia
de los tiempos idos:

¿Acaso es un duende
que busca berilos
en los torrentales
y en los remolinos?

¿Acaso la llama
de ardiente suspiro
que sigue las huellas
de un novio marino?

¿Acaso corriente
que con su sigilo
se roba un radiante
lucero dormido?—

—Ni duende, ni estrella,
ni ardiente suspiro,
un cabo de vela
en tabla de pino.

En busca del cuerpo
ya túmido y frío
de algún infelice
ahogado en el río.

—b—

—¡Señor de Mecatepec!
¡Señora de Cunduacán!
¡Santo Cristo de Esquipulas!—
imploraba Soledad.
—¡La dejaste de tu mano!;
¡cómo la fuiste a dejar!

Se mesaba los cabellos
y se arañaba la faz.
Las lágrimas de sus ojos
no paraban de brotar
y eran salobres y amargas
como las aguas del mar.

Una parvada de chicos
llegó gritando al portal:
—¡Ya la traen! —¡Ya la traen!
—¡Ya no tardan en llegar!
Y en el torno del camino
desemboca el funeral.

¡Hija del alma! ¡Mocita!
¡Blanca flor de naranjal!
¡con cabellos más dorados
que las flores del cempoal,
y los ojos más azules
de ese cielo donde estás!

¿Por qué te tiraste al río?
¿Por qué quererte matar?
Las vecinas sollozaban
ante el duelo maternal
y los hombres no lloraban,
porque no saben llorar.

A poco trecho se oía
un continuo suspirar:
las aguas, que se fugaban,
como culpables del mal
y sin embargo, señores,
no era el río el criminal.

En eso estaba pensando
León Remigio Sandoval,
repasando su machete
en la piedra de afilar
y probando luego el filo
con la yema del pulgar.

—c—

Vino a saberse que el sol
empurpuraba azucenas,
cuando Jacinta se halló
con Florentino Saavedra.

Miró los ojos del hombre;
palpitó su primavera.
Amor y sol son lo mismo
en mis gentes y en mi tierra.

La casa por la ventana
están echando los Trueba.
Se casa Flor de María
y a lo grande se celebra.

Han pasado cuatro días
y sigue en auge la fiesta:
los más cansados se duermen
pero en seguida despiertan.

Noche y día se remudan
las marimbas chiapanecas.
Noche y día se reparten
mantecados y mistelas.

Y allí fue donde perdió
el gavilán su fiereza
y se quedó prisionero,
prisionero de su presa.

Y se cambiaron los besos
y las sortijas en prenda.
Los luceros de la noche
estaban tiembla que tiembla.

Al separarse sintieron
gemir la sangre en sus venas
y así se supo que el sol
empurpuraba azucenas.

Pero un día entre los días,
se apagó la primavera.
Se quedó la niña pálida,
pálida como la cera.

Y se fue derecho al río
a entregarle vida y penas.
Le dijeron que su novio
se casó con la Norberta.

León Remigio Sandoval
estos sucesos remembra,
repasando su machete
en lo liso de la piedra.

Hizo volar un cabello,
para final de la prueba,
y en el aire lo partió
con la luz de una centella.

—*d*—

Metió el collín en la vaina;
cogió sendero del río;
desamarró su cayuco
y embarcando rabia y brío,
por las vegas de San Pedro
lo empujó su desvarío.

—León Remigio Sandoval,
vuélvete por tu camino.
La noticia de la boda
de Norberta y Florentino
era falsa, yo lo sé
y por eso te lo digo.

Otro fue quien desató
a Norberta su corpiño.
Otro fue quien la casó
y allá viene Florentino
a cumplir con su palabra
y a cumplir con su cariño.

La verdad fue desvirtuada;
así lo quiso el destino.
Al viajar de boca en boca,
llendo de oído en oído,
alguna boca mintió
o equivocó su sentido.

Si no me quieres oír
o no te llega mi grito,
reflexiona, que aunque fuera
verdad el hecho proscrito
ni Dios ni la Virgen pura
te hicieron juez de delitos.

Cierto fue que la quisiste;
que la amabas desde niño;
pero ella nunca lo supo,
ni lo hubiera presumido
si tus ojos no le hablaban
ni le hablaban tus suspiros.

No aparejes tu cayuco
al cayuco de tu amigo;
no desenvaines el arma;
no grites tu desafío,
que Florentino es valiente
y defiende su apellido.

No le tires de revés;
ya le pegaste de filo
y dividiéndole el hombro,
el corazón le has partido.
No atendiste mis razones
y te perdiste, Remigio.

Huye si quieres salvarte
de los humanos castigos.
El de Dios empezó ya;
pronto sabrás que has unido,
con el alma de Jacinta,
la que fue de Florentino.

—e—

Río abajo, dos entierros,
camino del camposanto,
se encontraron en la noche
sin quererlo y sin pensarlo.

El entierro de Jacinta,
la que del agua sacaron;
y el del pobre Florentino
que en su cayuco mataron.

Las canoas de los muertos
en el río aparejaron;
ocho candelas alumbran
pues cada cual lleva cuatro.

Veinte cayucos los siguen,
bendita cera quemando;
y tras las luces asoman
sus cabezas los lagartos.

Y mientras van los entierros,
camino del camposanto
un callado miserere,
se modula en los barrancos

—*f*—

Miserere, Miserere,
lloraba el sauce llorón,
viendo pasar por el río
el cortejo del dolor,
y sus lágrimas caían
diciendo el último adíos.

Miserere dijo el Cielo,
enlutando su verdor.
Miserere los amates
con un fúnebre rumor.
Miserere los bejucos
agitando su festón.

Miserere los jimbales,
tendidos en procesión.
Miserere los cañales
con su cañuto dulzón.
Miserere los guatopes
y los cheleles en flor.

Miserere el camalote
que a beber agua bajó.
Miserere los manglares
y Miserere el cedrón.
Miserere las palmeras
con las plumas de su airón.

Miserere los murciélagos
que no pueden ver el sol.
Miserere el tecolote
en el gris de su color.
Miserere la lechuza
y el insomne cucharón.

La calandria, que dormía,
con el ruido, despertó
y del cortejo doliente
sólo una cosa miró:
dos muchachos que dormían
con sonrisas de ilusión.

Y creyendo que era boda,
lanzó al aire su canción
y era su trino más bello
que el trinar del ruiseñor.
Escuchándolo, la luna,
por el oriente salió.

Cantó la unión de dos almas
en una roja pasión.
Cantó la vida inmortal,
su eterna resurrección.
Y se fundió el Miserere
en aleluyas de amor.

Brotó del agua una garza
y de la tierra un garzón
y en raudo vuelo subieron
como un solo corazón,
buscando un nido de amores
entre las manos de Dios.

—g—

León Remigio Sandoval,
recuerda que te previne,
que no eras juez de delitos
y tu justicia fue crimen.

Si me hubieras escuchado
no te mirase tan triste;
matar en ley, es muy duro;
pero deja el alma firme.

Ahora atiende por favor
esto que vengo a decirte:
no atentes contra tu vida
deja que Dios te la quite.

No te la dieron en don;
prestada la recibiste,
y como no eres el dueño,
de matarla no eres libre.

Por otra parte, matar
las almas es imposible,
y así la tuya errará
hasta que cumpla sus fines.

Coge camino de Chiapas,
que nadie sabe que fuiste
el que mató a Florentino
en aquel duelo terrible.

No te laces por el cuello
esa reata que torciste;
ni en el otro extremo amarres
esa piedra de esmeriles.

¡No te tires a la poza!
¡Otra vez que no me oíste!
Sólo burbujas salieron
de la Poza de los Juiles.

—h—

El alba rubia despierta
sobre su hamaca de nubes
y para quitarse el sueño
sus rizos de oro sacude.

Un cabello se desprende
y en el aire baja y sube;
hasta que toca en el río
y en su plata se diluye.

En el momento preciso
en que los dos ataúdes
llegaron al cementerio
de la villa de Los Hules.

El cura dijo responsos
sobre las dos juventudes
y los cuerpos enterraron
bajo llorones saúces.

Bajo saúces llorones
para que el viento que cruce
agitando sus ramajes
en su sueño los arrulle.

De regreso va el cortejo;
a los cayucos acude.
Parece el río muy quieto;
pero por debajo fluye.

Ya se alejan de los muertos;
mas de cuando en vez ocurre
que algunos vuelven la cara
a la tierra que los cubre.

¡Tierra de los camposantos
qué extraña yerba produces;
en tu seno siembran hombres
pero sólo brotan cruces!

—*i*—

En un cayuco fantasma
viaja el alma de Remigio
o su nahual que lo busca;
porque el nahual queda vivo
si se penetra en la muerte
por la senda del suicidio.

Y todo aquel que tropieza,
con el cayuco maldito,
esa noche o ese día
sufre desgracia de fijo;
así lo cuenta la gente
y yo puedo ser testigo.

Lo halló Juana de la Luz
en la humareda del río
cuando quemaba las aguas
el lucero matutino,
en el fondo de la poza
como carbón encendido.

Y era gris la madrugada
y gris el aparecido,
gris el cayuco fantasma
y gris el torvo destino,
que al regresar a su casa
le entregó muerto al marido.

Lo encontró Cleofas Curiel
en la calma del domingo,
hacia la media fajina,
por el paso del Tomillo,
cuando la siesta del perro
estaba durmiendo el río.

Y era de plata la hora,
de plata el aparecido;
era de plata el cayuco
y fue de plata el colmillo
que la nauyaca le hundió
en el tendón del tobillo.

Como al toque de oración,
en el silencio del río,
lo vio venir Rosalinda,
cuando el sol en sangre tinto,
asesinaba la tarde
con el puñal de su cinto.

Y era el crepúsculo rojo
y rojo el aparecido,
rojo el cayuco fantasma
y rojo aquel torbellino
que arrastró su corazón
por enlodados caminos.

Candileando jicoteas
en las tinieblas del río,
Lucio Pérez lo sintió
como una racha de frío;
que le apagó la candela
y lo dejó sin sentido.

Y era negro aquel momento
y negro el aparecido;
negro el cayuco fantasma
y negro fue su martirio
cuando se vio entre las cruces
de las rejas del presidio.

Y yo lo miro venir
en un ensueño del río,
llegar a mí con la luna,
y por quedarse conmigo
embarrancar su cayuco
en un banco de zafiros.

Y el panorma es azul,
azul el aparecido,
como el cayuco fantasma
y como estos versos míos,
que se bañan a lo lejos
en el recuerdo del río.

ROMANCE DEL BARCO VIEJO

MÁS ALLÁ DEL MACULÍS,
por defender la ribera
un barco viejo vararon,
porque el río se la lleva,
minando el rojo barranco
que se derrumba sin tregua.

Amelia, la de Mayito,
la del ritmo en las caderas,
en el varado navío
tiene una cita secreta
y cumpliendo su palabra
sube a la vieja cubierta.

Pero el río, por mirarla,
lanza su brisa traviesa
y le sube las enaguas
sobre su linda cabeza.
Un tuno que pasa grita.
¡El barco viejo a la vela!

Y quisieron molestarla
con esa burla burlera;
pero con una sonrisa
les mató la cantinela.
¡Y se agotaban pasajes
del barco viejo a la vela!

ROMANCE DE LA BATALLA

SURGIR LO VIERON DEL PUNTO,
en que unidos mar y cielo,
confundían sus colores
la Esperanza y el Ensueño.

Y los miraron entrar
por el río turbulento,
sobre sus grandes canoas,
empujadas por el viento.

Avanzaban los barbados,
silenciosos y serenos,
navegando lentamente
bajo los bosques abuelos.

Pero de pronto, en la tarde,
que cobró tintes de incendio,
cien caracoles marinos
perforaron el silencio.

Resonaron cien tambores
y sus tun-tunes creciendo,
temblar hicieron las aguas,
temblar hicieron el tiempo.

Y millares de canoas
con millares de guerreros,
galoparon sobre el río
a doble fuerza de remos.

Los estandartes flotaban
como trágicos señuelos
conduciendo a la batalla
todo el indígena ejército.

Con las frentes emplumadas
y el carcaj como plumero,
los flecheros no eran hombres
sino pájaros en vuelo.

Y comenzó la pelea
que estremece los recuerdos:
la pelea por Tabasco
en el río tabasqueño.

Gritos de muerte y espanto
levantaron sus acentos;
sobre los barcos llovían
flechas y varas ardiendo.

Pero los grandes navíos
se alinearon con denuedo
y el pabellón de Castilla
en el mástil encendieron.

A las guerreras canoas
embistieron con esfuerzo
y al volcarlas, los lagartos
hicieron presa en los cuerpos.

De sus bordas arrojaban,
con relámpagos y truenos,
grandes pelotas de piedra
los troncos de árboles huecos.

Pero a pesar del estrago
siguió el combate violento.
Racimos de indios subían
sobre los barcos infiernos.

Pero en cubierta esperaban
las espadas de Toledo
y el macahuitl se quebró
contra las cotas de fierro.

La lucha se hizo imposible.
Perdido fue todo empeño
y los indios se ocultaron
bajo los bosques abuelos.

Pero el río mezcla sangres
y las tributa a lo lejos:
allá donde el horizonte
junta la mar con el cielo
y confunden sus colores
la Esperanza y el Ensueño.

ROMANCE DE SAN JUAN BAUTISTA

SAN JUAN BAUTISTA PERDIÓ
su iracunda santidad,
sólo con ver el Grijalva
ante sus ojos pasar.

Y no mirando desiertos,
su voz dejó de clamar
y se acostó dulcemente
en la margen tropical.

Ya no quiso en adelante,
senderos enderezar.
Por lo contrario, sus calles
se torcieron más y más.

Por indolencia también
ya no pensó en bautizar
y eso que el Río Grijalva
era mejor que el Jordán.

Y dicen que Salomé,
porque la pueda soñar,
le devolvió la cabeza
en la charola del mar.

ROMANCE DEL MUELLE

EL VIEJO MUELLE
triste y podrido,
tiene las piernas
dentro del río.

Se ha enamorado
de una canoa;
amor del nido
por la gaviota.

Es campechana,
bonita y buena;
jarcias doradas
y blancas velas.

Todos los meses
cambia de traje.
Por verla, un día,
casi se cae.

Su largo pico
le diera un beso
y desde entonces
vive en un sueño.

Una mañana
la vio partir
y él no sabía
más que gemir.

Y jamás ella
volvió del viaje.
Lo sucedido
nadie lo sabe.

En vano el muelle
mandaba cartas,
echando al río
sus viejas tablas.

Y sólo quedan
del muelle umbrío
las largas piernas
dentro del río.

ROMANCE DEL BALSERO

DE RANCHO VIENE RANCHERO;
serrano de serranía;
y como yo soy montero
vengo de la montería.
Así cantaba un balsero
que una balsa conducía.

¡Que mucho que suenen broncos
los versos del canto mío;
que los bajos lloren roncos
y que sufra desvarío,
si pastor, no más, de troncos
soy en las aguas del río!

Perdonadme si no acierto
y si mi musa es esquiva.
Por los calveros abiertos
en la selva primitiva,
llevo rebaños de muertos
caminando a la deriva.

Todo contento me roba
pensar que el recio ramaje
del cedro y de la caoba,
cayó del hacha al coraje;
y así no encuentra mi trova
sino duelo en el paisaje.

Ayer árboles potentes,
pebeteros de la tierra,
presas, hoy, para los dientes
acerados de la sierra.
¡Maldigo mi suerte perra
y los lujos de las gentes!

Llora el agua entre las juntas.
Oigo ruido de cadenas.
Quizá las almas difuntas
de las caobas en pena,
me están haciendo preguntas
sobre su triste condena.

Y cuando la noche llega,
ni me admira ni me pasma,
mirar que el alma se entrega
a las visiones que plasma
y así siento que navega
dentro de un buque fantasma.

Penumbra del bosque abuelo,
que claro-oscuro se nombra;
la sombra sube del suelo;
el cielo, cae en la alfombra.
La sombra por ver el cielo
y el cielo por ver la sombra.

Un árbol por cada troza.
Rumor de fronda en la racha.
Olvido el crimen del hacha
y en mi recuerdo reboza,
la imagen de una muchacha
que por mi ausencia solloza.

Y ante el astro con que Dios,
alumbró la noche bruna,
la miro venir en pos
de mi trágica fortuna;
partiendo la luz en dos
y arrastrando alas de luna.

Seré de rancho, ranchero
y serrano en serranía;
pero no seré montero
de ninguna montería.
Así cantaba un balsero
que una balsa conducía.

ROMANCE DE LAS AGUAS PEREZOSAS

LAS AGUAS QUE CORREN MUCHO
y que quieren descansar,
penetran en las lagunas
para dormir y soñar,
y se desprenden del río
que va camino del mar.

Y las aves perezosas
o torpes para volar,
se contentan con el cielo
que ellas pueden reflejar,
y de usar dejan sus alas
para ponerse a remar.

Cachazudas jicoteas
y gaitanes del popal,
en las tardes calurosas
se presentan a pescar,
aprovechadas del sueño
que va ganando al caimán.

Las estrellas indolentes
que se aburren de brillar,
se tiran a las lagunas
desde el sitio donde están,
y revientan en jacintos
cuando empieza a madrugar.

Pero el sol quema las aguas
que se quieren estancar
e implacable las condena
su destino a terminar.
Las levanta hasta las nubes
y las derrumba en el mar.

ROMANCE DE ROSARIO

ERA NEGRO Y HONDO EL RÍO;
negro y hondo su presagio;
por la sombra de las ramas
o la negrura del barro.
En la vega de ese río
se enamoró de Rosario.

Negra y honda fue la noche;
negro y hondo su presagio.
No vio el blanco de sus dientes.
No vio el rojo de sus labios;
sólo vio el negro y el hondo
de sus ojos solitarios.

Negra y honda la pasión
de los rabiosos abrazos,
y negro y hondo el abismo
en que botando rodaron.
Negro y hondo el pensamiento
pues ni un momento pensaron.

Negro y hondo fue el momento
en que partió de su lado.
Ni una lágrima en sus ojos;
ni una palabra en sus labios.
Negro y hondo fue el dolor
en su corazón amargo.

Negro y hondo todo el tiempo
que duró su desencanto;
como el color de sus ojos;
como su torvo presagio;
como el negro y hondo río
donde quedó abandonado.

Negra y honda fue la noche
en que regresó a su lado.
Ni una lágrima en los ojos;
ni una palabra en los labios.
Negro y hondo el desafío
a su corazón amargo.

Negro y hondo fue el rencor
de su orgullo demoníaco;
en su garganta se hundieron
los dedos de la mano.
Negra y honda fue la muerte
en sus ojos solitarios.

Era negro y hondo el río;
negro y hondo su presagio;
por la sombra de las ramas
o la negrura del barro.
En las aguas de ese río,
tiró el cuerpo de Rosario.

ROMANCE DE LA CRECIENTE

LAS AGUAS, COLOR LADRILLO,
por instantes se acrecientan;
ganan los rojos barrancos;
saltan las verdes riberas.

El río se abre camino
entre colinas y cercas;
quiere llegar a la Mar
buscando la línea recta.

Se va comiendo los tornos;
los horizontes aleja;
nada resiste su saña;
nada resiste su fuerza.

A su empuje van cayendo
los amates y las ceibas;
los huapaques centenarios
que hasta las hachas respetan.

Los manglares de la orilla,
abatida la cabeza,
se joroban castigados
por la corriente colérica.

Camalotes y jimbales
a las orillas se aferran
con la red de sus raigambres
que en vano agárranse en tierra.

Pasan árboles flotando
con las raíces de fuera;
serpientes que no deshacen
el celo que las uniera.

Pasan los cuerpos inflados
de las grandes reses muertas.
Islotes en que los chombos,
al par que comen, navegan.

Pasan vivos platanares
arrancados de sus cepas,
manchando en verde y morado
los raudales que los llevan.

Y pasan techos de casas
que, en las márgenes serenas,
cobijaban los amores
y las humanas tristezas.

En uno se yergue un gallo;
se dijera un alma en pena.
Unico ser que la vida
entre la muerte conserva.

En los pueblos ribereños
aguas turbias se pasean
por las calles asoladas
por la muerte y la miseria.

Y el hombre sufre el estrago,
mas a pesar de su pena,
admira al río que mata
con su salvaje belleza.

ROMANCE DE ESTRELLAS Y PUPILAS

POR CADA GARZA EN LA ORILLA,
hay una garza en el agua.
Un pececillo interpone
su relámpago de plata
y sus largos picos juntan,
la que sube y la que baja.

Por cada moza en la orilla,
hay una moza en el agua.
Pasa entre ellas el antojo
de beber la linfa clara,
y se besan en la boca,
la que sube y la que baja.

Por cada estrella en el cielo,
hay una estrella en el agua.
Por cada pupila tuya,
hay otra dentro del alma;
pero estrellas y pupilas,
¡nunca suben! ¡nunca bajan!

ROMANCE DEL CAYUQUERO

En el húmedo silencio
que perfuma la mañana;
entre la niebla lechosa
que está flotando en el agua.

Un invisible cayuco
colmado de fruta avanza,
al compás del canalete,
por enmedio del Grijalva.

Y cuando el rayo del sol
la espesa niebla desgarra,
surge del vientre del río

y sobre lecho de nácar,
el bronce del cayuquero
y el verde de las naranjas.

ROMANCE DE LA DUEÑA DEL RÍO

LA VIÓ JOSÉ DE JESÚS,
el patrón de la canoa.
A la señal que les hizo,
también la vieron los bogas.

Estaba toda desnuda
en el fondo de la poza;
bajo la diáfana lente
de las aguas silenciosas.

Candorosa tentación;
opacidad luminosa;
niña que fuera mujer;
inocente y voluptuosa.

Y era su carne más blanca
que la piel de las magnolias,
y su cabello más rubio
que el vellón de las panojas.

Un capullo en corazón
le reventaba en la boca;
y eran sus ojos dos uvas
al par líquidas y sólidas.

Respiraba, y una sarta
de burbujas bullidoras,
iba rompiendo al surtir,
perlas henchidas de aromas.

Era la Dueña del Río,
la hechicera de sus ondas;
descansando en un remanso
de agua, de nieve y de sombra.

La que ríe en las arenas
y en los correntales llora,
o se columpia en bejucos
que las orquídeas enfloran.

La que juega con los pejes
y en los caimanes se monta,
o navega en las tortugas
sobre el dombo de las conchas.

La que vuela sobre esteras
de pintadas mariposas:
azules, verdes y negras
y blancas, lilas y rojas.

Y allí estaba recostada
en el fondo de la poza,
bajo la diáfana lente
de las aguas silenciosas.

En tanto que la corriente
se llevaba la canoa,
con el José de Jesús
y con los cuatro sus bogas.

•

Cuando José de Jesús
me contó la maravilla,
ni un momento sospeché
que pudiera ser mentira.

Aunque la Dueña del Río
me fuera desconocida,
supe bien que la esperaba
desde que vine a la vida.

Pasé la noche velando,
y al rayar el nuevo día,
partí a buscarla en el río,
dejando rancho y familia.

Y la busqué en los remansos
o entreabriendo las cortinas
de las lágrimas suspensas
de los saúces en fila.

De los tupidos jimbales
entre plumones y espinas;
en los verdes camalotes
y en los mangles de la orilla.

En las cuevas del barranco,
donde los peces anidan;
bajo tiernas verdolagas
sobre las playas tendidas.

En los siniestros cantiles;
entre la arena amarilla;
entre los lirios pascuales
de las malezas floridas.

En los charcos de oro viejo
que el poniente sol olvida,
sobre las aguas del río,
cuando sus luces retira.

Entre el montón de monedas
que los amates cobijan
y que sus hojas troquelan
con la luna que destilan.

En las grandes telarañas
de las ramas suspendidas,
donde la Aurora, al pasar,
deja sus perlas cautivas.

En los raudos remolinos,
copas de jade en que giran
antes de hundirse y perderse
las estrellas fugitivas.

En los sollozos del viento;
en el reír de la brisa;
en los juncos donde bajan
a jugar las golondrinas.

Y la huella de su pie
o el murmullo de su risa,
me avisaban que de nuevo
llegaba tarde a la cita.

Así la Dueña del Río,
se burlaba de mis cuitas,
mientras el tiempo regaba
mi cabello con cenizas.

•

Montados en sus tortugas,
cuatro Duendes vi venir;
todo pupilas el uno;
el otro, boca sin fin;
todo orejas el tercero;
y el cuarto, todo nariz.

Bajo la sombra de un árbol
se presentaron así:
—Yo son don Mirín Mirón;
—y yo don Oyón Oyín;
—y yo don Olín Olión;
—y yo don Hablón Hablín.

A conversar se pusieron;
pero no lo consentí;
era tan grande mi pena
y la ocasión tan feliz,
que por la Dueña del Río
a preguntar me atreví.

Vio, don Mirín, mi dolor
y se puso a referir:
—Del secreto de una almeja
saliendo la sorprendí.
Sus alas eran de nácar
y su cuerpo de marfil.

En un alambre de luna,
hebra dorada de ofir,
balanceaba su belleza
en el aire de zafir;
se fue tiñendo de cielo
y en el cielo la perdí.

Tosió después, don Oyón,
para ponerse a decir:
—En el alambre de luna
de que hablaba don Mirín,
el silencio de sus pasos
claramente percibí.

Saltó al rayo de un lucero
y muchos saltos oí
y a cada salto el acorde
de una música gentil;
una música celeste
hecha de miel y de añil—.

Cuando calló don Oyón
habló don Olión Olín:
—La misma noche de luna,
su perfume confundí
con la estela de la Virgen
en una noche de abril.

Era una mezcla de albahaca,
de rosales y benjuí,
de chintul y de vainilla,
de gardenias y jazmín,
de guayapul de corozo
y de noche de contí—.

En uso de la palabra,
habló don Hablón Hablín:
—Charlando con las lechuzas
del hueco del maculís
y los pardos tecolotes
de las ramas del jabí.

Sentí de pronto en mi acento
un aroma de jardín,
el fulgor de los luceros
y la música de abril.
Pasó a mi lado la Dueña
y aún la miro sonreír.
¿No saben dónde se encuentra:
ni hacia dónde debo ir?

—A ninguna parte vayas
que la estamos viendo aquí.
La buscas y la rebuscas
y ella se burla de ti.
En tu corazón la tienes
¡y no la buscas allí!

•

Hace cien años que busco
y no he podido encontrarla;
ni entre charcos de oro viejo
ni entre monedas de plata.

Cuando paso por mi rancho,
miro caída la casa
y en el pobre cementerio.
toda mi gente descansa.

De la Dueña, nadie sabe;
ninguno ha vuelto a mirarla
en el fondo de la poza,
bajo la lente del agua.

José de Jesús murió;
la canoa en que viajaba,
con él y sus bogas, boga,
en el Río de la Nada.

Mas si nadie ve a la Dueña,
no por eso es un fantasma;
los mismos duendes dijeron
que yo la llevo en el alma.

Y de allí saldrá una noche
para tenderse en la playa.
Me mirará su sonrisa;
me sonreirá su mirada.

Y su carne luminosa,
será cien veces más blanca
que la piel de las magnolias
a la caricia del Alba.

Y en su cabeza será
la melena más dorada
que el vellón de las panojas
entre las milpas solanas.

Una flor será su boca;
y sus dos pupilas claras,
serán líquidas y sólidas
como las uvas paganas.

Como José de Jesús
la vio una tarde lejana
en el fondo de la poza,
bajo la lente del agua.

ROMANCE DE PAISAJES

Como espíritu de luz
que abandonara su cuerpo,
la tarde, se desprendió
del picacho azul del cerro
y largo tiempo flotó
entre la tierra y el cielo.

El faisán rubio del Sol,
dejó caer en su vuelo
larga pluma que bogaba
a los caprichos del viento;
una nube que rizaba
en Occidente sus flecos.

Paisaje de ensoñación,
paisaje de oro y silencio,
en donde rodaba el río,
con callado movimiento,
por no romper el encanto
vespertino del momento.

De pié sobre la canoa,
en la margen busco puerto.
Salto en la playa amarilla,
osario de árboles muertos,
que festonan verdolagas
arrastrándose en el suelo.

Mi mosquitero de punto
suspendí de cuatro remos,
sobre la estera de palma
que ha de servirme de lecho.
Amiga hoguera prendí.
Sube el humo. Brilla el fuego.

El oro huyó con la tarde;
el río rompió el silencio;
llegó de pronto la noche;
paisaje en blanco y en negro.
Alma y cuerpo arrodillados
al Dios de mis padres rezo.

Y al resplandor de las llamas
bajo el pabellón me acuesto,
sobre la cama de arena
y con los brazos abiertos.
La oración dejó en mi ser
no sé que huella de versos.

Y los ojos se me llenan
al instante de luceros.
Toda mi alma se constela
y se me alumbra por dentro.
Siento que fluye de mí
vaho de plata y ensueño.

¿Cómo puede caber tanto
en mis ojos tan pequeños?
¿Cómo puede, su miseria,
abarcar el Universo?
¿Cómo puede, lo fugaz,
penetrarse de lo eterno?

Abrí todos mis sentidos
en flor de presentimiento;
y esperé que hablara el río,
un astro del firmamento,
un solo grano de arena,
un solo soplo de céfiro.

O no quisieron hablar
y no entendí sus acentos;
y mis veinte años tenían
un buen amigo en el sueño.
Me fui quedando dormido;
paisaje de alma y misterio.

Al beso de la mañana,
en la canoa de nuevo,
el río que me llevaba
se deslizaba risueño
entre el aire transparente
y entre barrancos y ceibos.

Y mi vida se mecía
a las rachas del deseo.
Mi juventud me embriagaba
como un vaso de habanero.
¡Pájaro azul que volaba
sin saber que estaba ciego!

Tiré la noche del río
en la red de los deshechos,
donde metiendo la mano,
sin propósito, la encuentro;
sus estrellas iluminan
paisaje de ansia y recuerdo.

ROMANCE DE MÁS ESTAMPAS

Los PLATANARES DEL RÍO,
cuyas hojas son sus ramas,
filtran la luz en la orilla
y dan tinte verde al agua.

La brisa peina sus hojas
y ya las hojas peinadas,
por devolver el favor,
peinan la brisa que pasa.

•

La flauta de un caracol
su larga nota matiza,
como una cinta sonora
que en el silencio se riza.
Y las ondas musicales
reproducir parecían
la espiral de concha nácar
en que la nota nacía.

•

En la magia del estío,
una visión me conmueve;
hay una ceiba de nieve
que se casa con el río.
Y cuando mi barca guío
hacia su púdico alarde,
fuga de garzas cobarde,
la desnuda en el barranco
y le rompe el traje blanco
en el azul de la tarde.

ROMANCE DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

LA VIRGEN DE GUADALUPE,
viendo la noche costeña,
tuvo el antojo de hacerse
un nuevo manto con ella.

Dispensándose el trabajo
de fabricarse la tela
y el de bordar los luceros
en el azul de la seda.

Y bajó de sus mansiones,
como buena costurera,
con su cinta de medir,
su dedal y sus tijeras.

Aquí plisaba el añil,
allá cortaba discreta,
y los retazos caían
en lagunas y caletas.

Terminada su labor,
tuvo un manto de luciérnagas,
unos instantes dormidas
y otros instantes despiertas.

A la moda mexicana
se lo puso en la cabeza
dejando ver de su cara
la peregrina belleza.

Más los párpados bajó
sobre sus pupilas negras,
por no robarles el novio
a las muchachas morenas.

Y en las puntas de los cuernos
de radiante luna nueva,
ató rayos siderales
que prendió de las estrellas.

En el columpio de nieve
puso sus pies de azucena
y se meció en el silencio
de las plegarias eternas.

Desde la estrella polar
hasta las fúlgidas gemas
que en el sur, abren su cruz,
la redención de la tierra.

Y al mecerse derramaba
tulipanes y gardenias,
con claveles y jazmines,
heliotropos y camelias.

Y el Grijalva se tendió
bajo la lluvia florera
como el sayal de Juan Diego
en el Tepeyac de piedra.

Y las flores se fundieron
en una flor de pureza;
y vi temblar en el río
la Flor que duerme y que reza.

Entre las rubias espinas
con que su nimbo la cerca,
entre su cáliz de luna
y su corola de estrellas.

Y yo que llevo el Grijalva
en mi carne, toda pena,
con barrancos y arenales;
pero también con palmeras.

Llevo con él a la Virgen
que en una noche costeña,
tuvo el antojo de hacerse
un nuevo manto con ella.

Sin que tuviera el trabajo
de fabricarse la tela,
ni el de bordar los luceros
en el azul de la seda.

ROMANCE DEL MERCERO

EL MERCERO DEL GRIJALVA
viaja del Orto al Ocaso,
empujando su canoa
río arriba, río abajo,
con la palanca o el remo
a punta de hombro y de brazo.

Como lento caracol
y con el mismo trabajo,
lleva con él su casa y tienda;
y se detiene en los ranchos
al pie del rojo camino
que parte en dos el barranco.

Fija su anuncio en el viento
con su trompeta de barro.
A lo lejos le contesta
la clarinada de un gallo,
el ladrido de los perros
o el relincho de un caballo.

Mientras convierte su barca
en mostrador y mercado,
la noticia va corriendo
y la gente va llegando;
las mujeres con la risa
en los ojos y en los labios.

Para niños hay galletas,
caramelos colorados,
la conserva de naranja
del famoso torno-largo
y panelitas de anís
con olor de Todosanto.

Para los hombres: navajas,
hachas, martillos y clavos,
vainas de timbre amarillas
y collines afamados
con gavilanes de cuerno
y largo filo plateado.

Para mujeres: corales,
tiras de fino bordado,
gargantillas de soplillos
que aprisionan en su vano,
los matices de los iris
de las lluvias de verano.

Cajitas de hoja de lata
(espejos en relicario)
tienen por dentro la luna
o mejor dicho, el retrato
de la moza que la mira
complaciéndose en su encanto.

Y la zaraza florida,
los listones y los lazos;
las peinetas de carey
con diamantes incrustados
que después serán estrellas
en la noche del peinado.

Y entre alegres regateos
se van cerrando los tratos.
Risas y burlas, floreos
que pecan contra el recato,
una se lleva un perfume,
otra, un pañuelo estampado.

Compran poco: no hay dinero.
Se vive de lo sembrado.
Y para qué pedir más
si el amor es regalado
y es lo mejor de la vida
con la guitarra y el trago.

El que no puede comprar,
como si hubiera comprado.
Se queda con el deseo
en esperanzas fincado
y jamás la realidad
fue mejor que lo soñado.

Una moza que no tuvo
para comprar un cintajo,
luce después un anillo
y unos aretes dorados;
o el mercero los perdió
o le fueron bien pagados.

Bajo el toldo de la barca
desaparece el mercado,
y otra vez el mercader
a punta de hombro y de brazo,
se lleva tienda y hogar
como caracol humano.

—¡Mercero, para, regresa!
que si llego retrasado
es que me duelen los pies
del camino caminado.
¿Nada me vendes a mí
aunque me cueste muy caro?

El mercero me miró;
pero siguió caminando.
—Mis machetes no te sirven
ni los aguanta tu mano;
y mis hachas y mis coas
te pesarán demasiado.

Para comprar un anhelo
necesitas menos años;
para comprar esperanzas
tienes muchos desengaños
y la fe que se apagó,
Dios te la encienda, mi hermano.

No me conviene vender
al que sabe de antemano,
si lo que puedo venderle
es verdadero o es falso;
y lo que vendo me gusta
que dé flor, fruta y milagro.

Vendo ilusión al que vive
ilusiones cultivando;
vendo sueños al que sueña;
al que canta vendo cantos,
esperanzas al que espera
y bendiciones al santo.

El que me compra ya tiene
lo que le vendo, en el ánimo;
sólo me compra lo suyo
y se lo vendo barato
y siendo suyo no ve
si se lo doy o lo engaño.

Pero tú que nada tienes
entre tu pecho vaciado,
que ya dejaste de amar
cuanto puede ser amado,
nada te puedo vender
sino pan negro y amargo.

Pero te doy un consejo
porque no quiero ser malo:
sé mercero del Grijalva
y detente en cada rancho
alegrando corazones
con lo bueno y con lo falso.

Y llenarás tu vacío
con la dicha de tu hermano.
Y entre la niebla del río
y en sus azules remansos,
tal vez goces la sonrisa
que me retoza en los labios.

Tiene una moza un anillo
y unos aretes dorados.
Una moza que no tuvo
para comprarse un cintajo,
dicen que se me perdieron;
yo sé que me los pagaron.

ROMANCE DE LA SIRENA

SE ESTÁ QUEMANDO LA NOCHE
con la luz de sus estrellas.
De cuando en cuando una chispa
se desprende de la hoguera
y un pez azul en el río,
brilla y se apaga con ella.

Yo he pescado dos o tres
por amor a una sirena.

La que vendrá de la mar
para quitarme las penas,
dorando todo el Grijalva
con su rubia cabellera,
a enloquecerme de amor
sobre un tálamo de arena.

Se está quemando tu cara
con la luz de sus estrellas;
de cuando en vez una chispa
se desprende de la hoguera
y una ilusión en mi vida
brilla y se apaga con ella.

Pero ni una sola vez
me dejaste una siquiera.

¡Ojalá que te quemaras
en la luz de tus estrellas!
Sólo me diste ilusiones
para que yo las perdiera
con mis pescados azules
y el amor de mi sirena.

Escuchaste mi dolor
y yo te hice la promesa
de escribir este romance
cambiando sólo la idea.

Estaba ardiendo la noche
en la luz de sus estrellas;
de cuando en vez una chispa
se escapaba de la hoguera.
Recogiendo la ceniza,
íbase la luna nueva.

Estaba ardiendo tu cara
en la luz de sus estrellas;
de cuando en vez una chispa
se escapaba de la hoguera;
recogiendo la ceniza
en sus cuencos, tus ojeras.

Y nos quemamos los dos
con el cielo y con la tierra;
pero de aquella pasión
en que ardimos, sólo queda,
a los ojos del recuerdo
la visión de la humareda.

ROMANCE DE LA PRINCESA

SÚBITO ECLIPSE DE SOL
hizo noche la mañana;
en las tinieblas graznaron
los vampiros y las auras,
y un gran cometa barría
las estrellas con su cauda.

Y las tribus del Faisán,
ante la torva amenaza,
inmolaron la más pura
de las princesas indianas,
sin más joyas que las dos
de sus ojos de obsidiana.

La que llamaron de miel
los poetas de su raza,
por su perfume de selva,
el dulzor de su palabra
y aquel tinte de su piel
robado al oro y al ámbar.

Abrió sus brazos la virgen
como el pájaro sus alas,
y en la cruz de su beldad
se arrojó crucificada
en un cenote sagrado
de los imperios del maya.

Pero los dioses clementes,
por cavernas ignoradas
la llevaron hasta el sur
a vivir como las hadas
en las risas de los ríos
y en el sueño de las playas.

Y éramos tres los galanes
de la princesa fantasma:
el cacique de Palenque,
el cacique de los Chiapas
y yo, sin otra fortuna
que mi caracol de nácar.

El de Palenque ofreció
sus esposas como esclavas,
sus jaguares, sus jardines,
sus quetzales, sus calandrias,
y sus templos empedrados
de turquesas y esmeraldas.

El de Chiapas ofreció
sus gavilanes de caza,
sus guerreros y sus flechas
que, soñando en las aljabas,
ya volaban en conquista
de Copán y Guatemala.

A mi turno, con mis manos
hice una jícara humana,
y al hundirla en un remanso
y ofrecerla llena de agua
por un prodigio del cielo
le di la estrella del alba.

Y ella me dio, generosa,
cuanto soñó la esperanza:
el pecado de su cuerpo
y el sacramento de su alma,
en las rosas de sus besos
y el aljófar de sus lágrimas.

Y cuando el sol que nacía
le pegó fuego al Grijalva,
loco de amor y poesía
lancé mi triunfo a las llamas
en los clamores canoros
de mi caracol de nácar.

ROMANCE DEL RÍO

Río, Árbol de Vida;
tendido en la tierra estás.
Si te irguieras, podrías
romper el aéreo cristal
y hacer pedazos dolorosos
el Más Allá.

Río Pájaro de Vida;
perenne cantar.
Canta tu tronco
en cada raudal;
cantan tus ramas;
canta tu inmensa fronda de mar.

Río, Fuerza de Vida;
potente titán.
Cavas tu propio tallo
en el suelo en que vas
y en él te realizas, todo sabia,
sin corteza mortal.

Río, Granero de Vida;
en mazorca de maizal,
en fruto de cafeto,
en espiga de arrozal,
en bayas de cacao,
de esmeralda y coral.

Río Prisión de Vida;
en paredes de cristal,
guardas liquen y helecho,
peje y caimán,
duendes, sirenas
y hadas del Bien y del Mal.

Río, Raíz de Vida;
hundida en cumbre maternal;
raíz que se enraiza,
donde quiera, al pasar,
y en el alma del hombre
que la pudo contemplar.

Río, Jardín de Vida;
abanicos del platanar;
camalotes flotantes,
lirios de blancura pascual;
cheleles y guatopes floridos,
divina palma real.

Río, Flor de Vida;
buque primaveral;
sortilegio aromado
romántico y lunar.
La dulce niña que te mira
nunca deja de amar.

Río, Ensueño de Vida;
alimento espiritual
de las almas ávidas
de Belleza y Verdad
y que disuelven sus limitaciones
en tu agua lustral.

Río, Romance de Vida;
en toda edad;
pintas vegas y cielos;
todo lo que miras volar
y discurres silencioso
y musical.

Río, Cargador de Vida;
en canoas, árboles sin corazón ya;
en barcos señoriales
que se dignan flotar,
prendiendo en su popa
plateada cola de faisán.

Río, Recibidor de Vida;
de vidas que no quieren ser más;
vidas adoloridas;
vidas presas de lo fatal;
vidas sin ilusiones;
fantasmas de vidas quizás.

Arbol de Vida y Muerte
del Paraíso Terrenal;
no me niegues un sauce de tu orilla
cuando quiera descansar.
Un sauce que me dé sombra
y paz.

OTRO ROMANCE DE LAS FLAUTAS

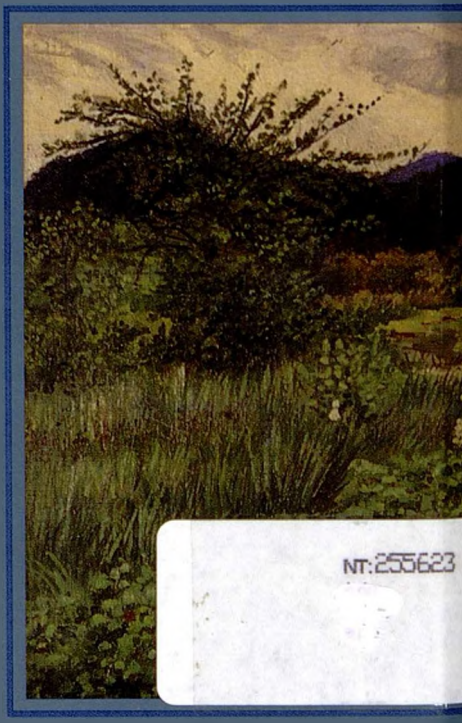
PRESENTIMIENTO QUE TUVE
empezando mi cantar,
pintar no pude cien ríos
en un río nada más.

No pude dar al Grijalva
los penachos de un palmar
hechos de ramas o rimas
que para el caso era igual.

No pude darle tampoco
las notas de mi cantar;
ni llevar quiso mis cantos
a las canciones del Mar.

Pero pude regalarle
las flautas de un carrizal;
donde lloró su reír;
donde sonrió su llorar
con mis suspiros que presos
en sus cañutos están.

José María Gurría Urgell nació en Pichucalco, Chiapas, el 6 de agosto de 1889. Estudió la carrera de Jurisprudencia en la Universidad Nacional de México, y fue uno de los fundadores de la Escuela Libre de Derecho. A la edad de 50 años se dedica a escribir la obra poética que integra esta recopilación. Cronológicamente escribió el 'Romancero del Santuario' en honor a la finca en el Estado de Tabasco en donde vivió su juventud. Más tarde escribió los romanceros 'Tabasco', 'Grijalva' y 'Pichucalco'. Posteriormente, el 'Romancero del Recuerdo', 'Romance de los tres Dioses' y 'Romancero de Veracruz'. Finalmente fue publicada la 'Antología del Recuerdo'. Las cuatro últimas son obras póstumas. Falleció en la Ciudad de Veracruz el 25 de Agosto de 1965.



NT:255623

Gobierno del Estado de Chiapas
Instituto Chiapaneco de Cultura

ISBN 968-6492-91-7: OBRA COMPLETA
ISBN 968-6492-94-1: VOLUMEN 3

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

ICT
Ediciones

ISBN 968-889-248-3: OBRA COMPLETA
ISBN 968-889-251-3: VOLUMEN 3